



JOHN STEINBECK

Las uvas de la ira

Premio Nobel de Literatura en 1962, John Steinbeck (1902-1968) fue testigo directo de la Depresión económica que, originada por el *crack* bursátil de 1929, azotó durante la década de los años treinta a los Estados Unidos. Publicada en 1939 y objeto de varias versiones cinematográficas — entre ellas un memorable film de John Ford—, *Las uvas de la ira* relata en una narración que alcanza por momentos cotas épicas la emigración que, desde una inhabitable Oklahoma, lleva a cabo la familia Joad junto a miles de personas más hacia la tierra de promisión que parece California. A lo largo del camino, sin embargo, este ejército de desposeídos comprobará la frágil consistencia de un sueño americano que progresiva e inevitablemente acabará desvaneciéndose.

Capítulo I

LAS ÚLTIMAS lluvias cayeron con suavidad sobre los campos rojos y parte de los campos grises de Oklahoma, y no hendieron la tierra llena de cicatrices. Los arados cruzaron una y otra vez por encima de las huellas dejadas por los arroyos. Las últimas lluvias hicieron crecer rápidamente el maíz y salpicaron las orillas de las carreteras de hierbas y maleza, hasta que el gris y el rojo oscuro de los campos empezaron a desaparecer bajo una manta de color verde. A finales de mayo el cielo palideció y las rachas de nubes altas que habían estado colgando tanto tiempo durante la primavera se disiparon. El sol ardió un día tras otro sobre el maíz que crecía hasta que una línea marrón tiñó el borde de las bayonetas verdes. Las nubes aparecieron, luego se trasladaron y después de un tiempo ya no volvieron a asomar. La maleza intentó protegerse oscureciendo su color verde y cesó de extenderse. Una costra cubrió la superficie de la tierra, una costra delgada y dura, y a medida que el cielo palidecía, la tierra palideció también, rosa en el campo rojo y blanca en el campo gris.

En los barrancos abiertos por las aguas, la tierra se deshizo en secos riachuelos de polvo. Las ardillas de tierra y las hormigas león iniciaron pequeñas avalanchas. Y mientras el fiero sol atacaba día tras día, las hojas del maíz joven fueron perdiendo rigidez y tiesura; al principio se inclinaron dibujando una curva, y luego, cuando la armadura central se debilitó, cada hoja se agachó hacia el suelo. Entonces llegó junio y el sol brilló aún más cruelmente. Los bordes marro-

nes de las hojas del maíz se ensancharon y alcanzaron la armadura central. La maleza se agostó y se encogió, volviendo hacia sus raíces. El aire era tenue y el cielo más pálido; y la tierra palideció día a día.

En las carreteras por donde se movían los troncos de animales, donde las ruedas batían la tierra y los cascos de los caballos la removían, la costra se rompió y se transformó en polvo. Cualquier cosa que se moviera levantaba polvo en el aire; un hombre caminando levantaba una fina capa que le llegaba a la cintura, un carro hacía subir el polvo a la altura de las cercas y un automóvil dejaba una nube hirviendo detrás de él. El polvo tardaba mucho en volver a asentarse.

A mediados de junio llegaron grandes nubes procedentes de Texas y del Golfo, nubes altas y pesadas, cargadas de lluvia. En los campos, los hombres alzaron los ojos hacia las nubes, olfatearon el aire y levantaron dedos húmedos para sentir la dirección del viento. Y los caballos mostraron nerviosismo mientras hubo nubes en el cielo. Las nubes de lluvia dejaron caer algunas gotas y se apresuraron en dirección a otras tierras. Tras ellas el cielo volvió a ser pálido y el sol llameó. En el polvo quedaron cráteres donde las gotas de lluvia habían caído, y salpicaduras limpias en el maíz, y nada más.

Un viento suave siguió a las nubes de lluvia, empujándolas hacia el norte y chocando blandamente contra el maíz, que empezaba a secarse. Pasó un día y el viento aumentó, constante, sin ráfagas que lo interrumpieran. El polvo subió de los caminos y se extendió: cayó sobre la maleza al lado de los campos e invadió los campos mismos. Entonces el viento se hizo fuerte y duro y se estrelló contra la costra que la lluvia había formado en los maizales. Poco a poco el polvo se mezcló y oscureció el cielo, y el viento palpó la tierra, soltó el polvo y se lo llevó, al tiempo que crecía en intensidad. La costra de la lluvia se quebró y el polvo se elevó sobre los campos y formó en el aire penachos grises

como humo perezoso. El maíz trillaba el viento y hacía un ruido seco, impetuoso. El polvo más fino ya no volvió a posarse en la tierra, sino que desapareció en el oscuro cielo.

El viento creció, removi6 bajo las piedras, levant6 paja y hojas viejas, e incluso terrones peque6os, dejando una estela mientras navegaba sobre los campos. El aire y el cielo se oscurecieron y el sol brill6 rojizo a trav6s de ellos, y el aire se volvi6 6spero y picante. Por la noche el viento corri6 m6s r6pido sobre el campo, cay6 con astucia entre las raicillas del ma6z y 6ste luch6 con sus debilitadas hojas hasta que el viento entrometido liber6 las ra6ces y, entonces, los tallos se ladearon cansinos hacia la tierra apuntando en la direcci6n del viento.

Lleg6 la aurora, pero no el d6a. En el cielo gris apareci6 un sol rojo, un d6bil c6rculo que daba poca luz, como en el crep6sculo; y conforme avanzaba el d6a, el anochecer se transform6 en oscuridad y el viento silb6 y llorique6 sobre el ma6z ca6do.

Los hombres y las mujeres permanecieron acurrucados en sus casas y para salir se tapaban la nariz con pa6uelos y se proteg6an los ojos con gafas. La noche que volvi6 era una noche negra, porque las estrellas no pudieron atravesar el polvo para llegar abajo, y las luces de las ventanas no alumbraban m6s all6 de los mismos patios. El polvo estaba ahora mezclado uniformemente con el aire, formando una emulsi6n equilibrada. Las casas estaban cerradas a cal y canto, y las puertas y ventanas encajadas con trapos, pero el polvo que entr6 era tan fino que no se pod6a ver en el aire, y se asent6 como si fuera polen en sillas y mesas, encima de los platos. La gente se lo sacud6a de los hombros. Peque6as l6neas de polvo eran visibles en los dinteles de las puertas.

A media noche el viento pas6 y dej6 la tierra en silencio. El aire lleno de polvo amortiguaba el sonido mejor que la niebla. La gente, tumbada en la cama, oy6 c6mo el viento paraba. Se despertaron cuando el impetuoso viento des-

apareció. Tumbados en silencio escucharon intensamente la quietud. Luego cantaron los gallos, un canto amortiguado y las personas se removieron inquietas en sus camas deseando que llegara la mañana. Sabían que el polvo tardaría mucho tiempo en dejar el aire y asentarse. Por la mañana el polvo colgó como una niebla y el sol era de un rojo intenso, igual que sangre joven. Durante todo ese día y el día siguiente el polvo se fue filtrando desde el cielo. Una manta uniforme cubrió la tierra. Se asentó en el maíz, se apiló encima de los postes de las cercas y sobre los alambres, se posó en los tejados y cubrió la maleza y los árboles.

Las gentes salieron de sus casas y olfatearon el aire cálido y picante y se cubrieron la nariz defendiéndose de esa atmósfera. Los niños salieron de las casas, pero no corrieron ni gritaron como hubieran hecho después de la lluvia. Los hombres, de pie junto a las cercas, contemplaron el maíz echado a perder, muriendo deprisa ahora, sólo un poco de verde visible tras la película de polvo. Callaban y se movían apenas. Y las mujeres salieron de las casas para ponerse junto a sus hombres, para sentir si esta vez ellos se irían abajo. Observaron a hurtadillas sus semblantes, sabiendo que no tenía importancia que el maíz se perdiera siempre que otra cosa persistiese. Los niños se quedaron cerca, dibujando en el polvo con los dedos de los pies desnudos y pusieron sus sentidos en acción para averiguar si los hombres y las mujeres se vendrían abajo. Miraron furtivamente los rostros de los adultos, y luego, con esmero, sus dedos dibujaron líneas en el polvo. Los caballos se acercaron a los abrevaderos y agitaron el agua con los bellos para apartar el polvo de la superficie. Pasado un rato, los rostros atentos de los hombres perdieron la expresión de perplejidad y se tornaron duros y airados, dispuestos a resistir. Entonces las mujeres supieron que estaban seguras y que sus hombres no se derrumbarían. Luego preguntaron: ¿Qué vamos a hacer? Y los hombres replicaron: No sé. Pero estaban en buen camino. Las mujeres supieron que la

situación tenía arreglo, y los niños lo supieron también. Unos y otros supieron en lo más hondo que no había desgracia que no se pudiera soportar si los hombres estaban enteros. Las mujeres entraron en las casas para comenzar a trabajar y los niños empezaron a jugar, aunque cautelosos. A medida que el día avanzaba, el sol fue perdiendo su color rojo. Resplandeció sobre la tierra cubierta de polvo. Los hombres, sentados a la puerta de sus casas, juguetearon con palitos y piedras pequeñas; permanecieron inmóviles sentados, pensando y calculando.

Capítulo II

HABÍA UN enorme camión rojo de mudanzas estacionado delante del pequeño restaurante de carretera. El tubo de escape vertical^[1] murmuraba suavemente, y una neblina casi invisible de humo azul como acero flotaba sobre el extremo. Era un camión nuevo, de color rojo brillante, y en el costado ponía COMPAÑÍA DE TRANSPORTES DE OKLAHOMA CITY en letras de treinta centímetros. Los neumáticos dobles eran nuevos y un candado de latón cerraba las grandes puertas traseras. Dentro del restaurante, aislado con tela metálica, sonaba una radio: música lenta de baile con el volumen bajo, como cuando nadie la escucha. Un pequeño ventilador daba vueltas silenciosamente en su agujero circular sobre la entrada, y las moscas zumbaban excitadas por las puertas y ventanas dando golpes contra la tela metálica. En el interior, un hombre, el conductor del camión, estaba sentado en un taburete con los codos apoyados en la barra, mirando por encima de su taza de café a la camarera delgada y solitaria. Hablaba con ella en el lenguaje lento y apagado de la carretera: «Le vi hace unos tres meses. Le habían operado. Le habían sacado algo. No me acuerdo de qué». Y ella decía: «Creo que no hará más de una semana que lo vi yo misma. Y estaba bien. No es mal tipo cuando no está borracho». De vez en cuando las moscas zumbaban con suavidad en la puerta de tela metálica. La máquina del café arrojó vapor y la camarera la apagó sin mirar hacia atrás. Afuera, un hombre que caminaba por el arcén de la

carretera cruzó y se acercó al camión. Fue despacio hasta la parte delantera, puso las manos en el brillante guardabarros y contempló la pegatina del parabrisas que decía «Autostopistas no». Por un momento estuvo a punto de seguir andando por la carretera, pero, en vez de eso, se sentó en el estribo del lado que no daba al restaurante. No tenía más de treinta años. Sus ojos eran de un color marrón muy oscuro y una sombra de pigmentación marrón se adivinaba en el blanco de los ojos. Tenía los pómulos altos y anchos y unas líneas profundas y marcadas cortaban sus mejillas y se curvaban junto a la boca. Su labio superior era largo y, como sus dientes sobresalían, los labios se estiraban para cubrirlos porque este hombre mantenía los labios cerrados. Las manos eran duras, con dedos anchos y las uñas tan recias y estriadas como pequeñas conchas de almeja. El espacio entre el pulgar y el índice y la parte blanda de las palmas de sus manos brillaban llenas de callos.

La ropa que llevaba el hombre era nueva, toda barata y nueva. Su gorra gris era tan nueva, que la visera estaba rígida y el botón todavía seguía en su sitio; no estaba llena de bultos y arrugada como estaría después de haber cumplido durante un tiempo todos los servicios de una gorra: bolsa, toalla, pañuelo. El traje era de tela rígida gris y barata y tan nueva que los pantalones aún mostraban la raya. La camisa azul de chambray estaba tiesa y suave, almidonada. La chaqueta era demasiado grande para él y los pantalones le estaban cortos porque era un hombre alto. Los hombros de la chaqueta le quedaban descolgados por los brazos, pero, incluso así, las mangas eran demasiado cortas y la chaqueta aleteaba suelta sobre su estómago. Calzaba un par de zapatos nuevos de color mostaza de los que llaman *army last*, claveteados y con semicírculos como herraduras para proteger los bordes de los tacones del uso. El hombre se sentó en el estribo, se quitó la gorra y se enjugó la cara con ella. Luego se la volvió a poner y empezó a tirar de la visera, comenzando así a estropearla. Los pies atrajeron su

atención. Se inclinó, desató los cordones y los dejó sin atar. Sobre su cabeza, el gas del motor Diésel susurraba en rápidas rachas de humo azul.

En el restaurante la música se interrumpió y una voz de hombre salió por el altavoz, pero la camarera no lo calló porque no se había dado cuenta de que la música ya no sonaba. Explorando, sus dedos habían encontrado un bulto bajo la oreja. Intentaba verlo en el espejo de detrás de la barra sin que el camionero lo notara, así que simuló que se arreglaba un mechón de pelo descolocado. El camionero dijo:

—Hubo un gran baile en Shawnee. Oí que mataron a alguien o algo así. ¿Tú sabes algo?

—No —dijo la camarera, mientras palpaba amorosamente el bulto bajo su oreja.

Fuera, el hombre se puso de pie y miró el restaurante un momento por encima del capó del camión. Después se volvió a acomodar en el estribo y sacó una bolsa de tabaco y un librito de papeles del bolsillo lateral. Lio despacio un cigarrillo, lo estudió y lo alisó. Finalmente lo encendió y enterró la cerilla ardiendo en el polvo a sus pies. El sol invadió la sombra del camión al aproximarse el mediodía.

En el restaurante el camionero pagó la cuenta y metió las dos monedas del cambio en una máquina tragaperras. No tuvo suerte con los cilindros giratorios.

—Los amañan para que no puedas ganar nada —le dijo a la camarera.

Y ella replicó:

—No hace ni dos horas que un tipo se llevó el bote. Sacó tres dólares con ochenta centavos. ¿Cuándo volverás a pasar por aquí?

Él mantuvo la puerta de tela metálica entreabierta.

—Dentro de una semana o diez días —contestó él—. Tengo que llegar hasta Tulsa y nunca vuelvo tan pronto como pienso.

Ella dijo de mal humor:

—No dejes que entren las moscas. Vete fuera o entra.

—Hasta pronto —dijo él, y empujó para salir. La puerta se cerró con un golpe detrás de él. Se paró bajo el sol y sacó un chicle. Era un hombre pesado, ancho de hombros y con el estómago abultado. Tenía la cara roja y sus ojos eran azules, largos y achinados por la costumbre de enfrentar siempre la luz fuerte guiñando. Llevaba pantalones de soldado y botas de cordones hasta media pierna. Con el chicle casi fuera de la boca gritó a través de la puerta:

—Bueno no hagas nada de lo que no quieras que me entere.

La camarera estaba frente a un espejo en la pared de detrás. Gruñó una respuesta. El camionero mascó lentamente el chicle abriendo las mandíbulas y los labios con cada mordisco. Dio forma al chicle en la boca, lo deslizó bajo la lengua mientras caminaba hacia el gran camión rojo.

El autostopista se puso en pie y miró a través de las ventanas.

—¿Me puede llevar?

El conductor volvió rápidamente la vista al restaurante un segundo.

—¿No ha visto la pegatina «Autostopistas no» en el parabrisas?

—Claro que la he visto. Pero a veces una persona se porta bien aunque un bastardo rico le obligue a llevar una pegatina.

El camionero consideró las distintas partes de esa respuesta mientras montaba en el camión. Si ahora se negaba, no sólo no era una buena persona, sino que además se le obligaba a llevar una pegatina y no le estaba permitido llevar compañía. Si consentía en llevarle se convertiría automáticamente en un buen tipo al que además ningún bastardo rico le podría decir lo que tenía que hacer. Supo que estaba cayendo en una trampa, pero no pudo encontrar una salida. Y quería ser un buen tipo. Echó una ojeada al restaurante una vez más.

—Agáchate en el estribo hasta que lleguemos a la curva —dijo.

El autostopista se dejó caer, desapareció de la vista y se agarró a la manilla de la puerta. El motor zumbó un momento, las marchas entraron y el gran camión empezó a moverse, en primera, segunda, tercera y por fin cuarta, después de un acelerón acompañado de un chirrido agudo. Bajo el hombre agarrado, la carretera se deslizaba difuminada. Había una milla hasta la primera curva de la carretera, allí el camión fue reduciendo. El autostopista se irguió, abrió la puerta y se deslizó en el asiento. El camionero le observó con los ojos entrecerrados y mascó como si las mandíbulas estuvieran clasificando y ordenando los pensamientos y las impresiones antes de que fueran finalmente archivados en el cerebro. Sus ojos empezaron por la gorra nueva, siguieron bajando por las ropas nuevas hasta llegar a los zapatos nuevos. El autostopista acomodó la espalda en el respaldo, se quitó la gorra, y con ella se limpió la frente y la barbilla sudorosa.

—Gracias hombre —dijo—. Tenía los pies reventados.

—Zapatos nuevos —comentó el conductor. Su voz tenía la misma cualidad secreta e insistente de sus ojos—. No debería andar con zapatos nuevos con este calor.

El otro bajó la vista hacia los polvorientos zapatos amarillos.

—No tengo otros —contestó—. Si no tienes otros, no te queda más remedio que usarlos.

El camionero prudentemente miró hacia adelante con los ojos entrecerrados y aceleró un poco el camión.

—¿Va muy lejos?

—No mucho. Habría ido andando si no fuera porque tengo los pies reventados.

Las preguntas del camionero tenían el tono de un interrogatorio sutil. Parecía poner redes, tender trampas con sus preguntas.

—¿Busca trabajo? —se interesó.

—No, mi viejo tiene unas tierras, cuarenta acres. No es gran cosa, pero hemos vivido allí mucho tiempo.

El conductor echó una mirada significativa a los campos que se extendían a lo largo de la carretera, con el maíz caído de lado y cubierto de polvo. Piedras pequeñas asomaban en la tierra polvorienta. El camionero dijo, como si hablara consigo mismo:

—¿Un agricultor con cuarenta acres y no le han echado ni el polvo ni los tractores?

—La verdad es que últimamente no he estado en contacto —respondió el autostopista.

—Hace ya tiempo —continuó el conductor. Una abeja voló dentro de la cabina y zumbó por el parabrisas. El camionero empujó cuidadosamente con la mano a la abeja hasta ponerla en una corriente de aire que se la llevó por la ventana—. Los agricultores se están marchando deprisa —dijo—. Llega un tractor y se lleva por delante a diez familias. Ahora hay tractores por todas partes. Entran y echan a los agricultores. ¿Cómo consigue su viejo aguantar? —la lengua y las mandíbulas volvieron a ocuparse del olvidado chicle, dándole vueltas y mascando. Cada vez que abría la boca se veía la lengua volteando el chicle.

—En realidad no sé cómo va la cosa últimamente. Nunca fui bueno para escribir ni mi viejo tampoco. Pero los dos podemos escribir si queremos —añadió apresuradamente.

—¿Ha estado fuera trabajando? —de nuevo la investigación secreta en tono casual. Miró hacia los campos, el aire brillante y quitando el chicle de en medio, escupió por la ventana.

—Eso es —dijo el autostopista.

—Eso pensé. Por sus manos. Ha estado manejando un pico, o un hacha o una almádena. Ese trabajo le deja a uno las manos brillantes. Yo me fijo en esas cosas. Lo tengo a gala...

El autostopista le miró fijamente. Los neumáticos del camión susurraban en la carretera.

—¿Le gustaría saber algo más? Se lo voy a decir. No hay necesidad de que siga adivinando.

—Vamos, no se enfade. No pretendía curiosear.

—Le diré lo que quiera. Yo no oculto nada.

—Venga, no se moleste. Es sólo que me gusta fijarme en las cosas. Ayuda a pasar el rato.

—Le diré todo lo que quiera saber. Me llamo Joad, Tom Joad. Mi padre es el viejo Tom Joad —descansó la vista en el conductor, pensativo.

—No se moleste. No pretendía incomodarle.

—Yo tampoco —contestó Joad—. Intento simplemente ir tirando sin avasallar a nadie —se interrumpió y dirigió la mirada a los campos secos y a los grupos de árboles medio muertos, que colgaban incómodos en la distancia recalentada. Sacó del bolsillo lateral el tabaco y el papel. Lio un cigarrillo entre las rodillas, protegiéndolo del viento.

El camionero mascaba como una vaca, rítmica y pensativamente. Esperó hasta que el peso de las palabras anteriores desapareció y se olvidó. Finalmente, cuando el aire parecía haber recobrado la neutralidad, explicó:

—Uno que nunca haya sido camionero no se puede imaginar lo que es esto. Los jefes no nos dejan llevar gente. Así que tenemos que sentarnos aquí, carretera adelante a menos que queramos correr el riesgo de que nos despidan, como acabo de hacer yo.

—Se lo agradezco —dijo Joad.

—Conozco algunos tipos que hacen chifladuras mientras conducen el camión. Recuerdo uno que solía escribir poesía. Así pasaba el rato —miró a hurtadillas para ver si Joad parecía interesado o asombrado. Joad miraba en silencio a la distancia delante de él, a lo largo de la carretera, la blanca carretera que ondeaba con suavidad, como un leve oleaje. Al final el camionero continuó—. Recuerdo una poesía que escribió el tipo este. Iba de que él y otros dos iban por todo el mundo bebiendo, armando bronca y tirándose chavalas a diestro y siniestro. Ojalá pudiera acordar-

me de cómo era. Había escrito algunas palabras que ni Dios sabe lo que significan. Una parte iba así: «Y allí espíamos a un negro con un gatillo más grande que la probóscide de un elefante o la polla de una ballena». La probóscide ésa es una especie de nariz. En un elefante es la trompa. El tío me lo enseñó en el diccionario, uno que llevaba con él a todas partes. Solía mirarlo cuando paraba a tomar un café —calló, sintiéndose solitario en ese largo discurso. Miró de soslayo a su pasajero. Joad permaneció silencioso. El conductor, nervioso, trató de que participara—. ¿Ha conocido a alguien que usara semejantes palabras?

—Un predicador —respondió Joad.

—Bueno, te molesta oír a un tío usando semejantes palabras. Claro que con un predicador está bien. De todas formas, nadie le tomaría el pelo a un predicador. Pero este tío era extraño. Te importaba un comino que dijera esas palabras porque lo hacía por hacer, sin darse importancia —el conductor se había tranquilizado, sabiendo que al menos Joad le escuchaba. Cogió una curva con rabia y los neumáticos chirriaron—. Como iba diciendo —prosiguió—, los camioneros hacen cosas raras. Es una necesidad. Si lo único que hicieran fuera sentarse ahí viendo cómo la carretera se escapa bajo las ruedas se volverían locos. Hay quien dice que no hacen otra cosa que comer en las hamburgueserías de la carretera.

—Desde luego parece que viven en esos sitios —Joad se mostró de acuerdo.

—Pues sí, sí que paran, pero no para comer. Casi nunca tienen hambre, sólo que se ponen enfermos de conducir enfermos. Esos sitios son los únicos donde pueden parar, y cuando paras tienes que comprar algo para poder pegar la hebra con la chica de la barra. Así pides un café y un trozo de pastel. Da como un respiro. —Mascó lentamente el chicle y lo volvió con la lengua.

—Debe ser duro —dijo Joad, con desgana.

El conductor le miró rápido de reojo, buscando la burla.